

manos en la sangre, hicieron en ella muchos signos, al parecer jeroglíficos. No pude menos de admirar la analogía de estas costumbres con las de los hebreos, en cuyas ceremonias el cordero y la sangre del cordero, representaban frecuentemente un papel muy importante."

Luego que Mr. Bardel despachó su comision en Arauco, resolvió volverse á Concepcion; pero el intendente, deseando enseñarle el país, le propuso tomar otro camino. Accedió Mr. Bardel con tanto mas gusto, cuanto que esta expedicion podia proporcionarle la ocasion de devolver una visita á su amigo Mr. Lozier. Era este uno de los franceses que abandonaron la Francia á la caída de Napoleón. Despues de haber recorrido los Estados-Unidos, el Brasil y las provincias de la Plata, llegó á Chile. Hombre verdaderamente instruido, lo empleó mucho tiempo el gobierno chileno como ingeniero y como rector del *Instituto* en la época del general Pinto. A consecuencia del cambio político que elevó al poder al general Prieto, fué enviado á Concepcion para organizar allí un colejo del gobierno; pero algunos disgustos que tuvo con las autoridades, le obligaron á tomar la resolucion de retirarse, y al efecto compró á los indios de Arauco una gran estension de terreno para vivir en medio de ellos. En la época en que lo visitó Mr. Bardel, tenia cincuenta años de edad. Su casa se semeja mucho á la de Robinson Crusó. Nuevo Las Casas, Mr. Lozier era uno de los defensores mas decididos de los araucanos, pues segun decia, eran de un carácter muy dulce, al paso que en los chilenos habia que censurar la mala fé con que se conducian con sus vecinos y faltaban á todos sus tratados.

## XXVIII.

ISLAS VITI—DILLON ATACADO POR LOS NATURALES. (1812.)

Tasman descubrió el archipiélago Viti en 1643; pero solo vió algunas islas y arrecifes que llamó islas del príncipe Guillermo. Las excelentes noticias que se deben á Mr. d'Urville prueban que las islas descubiertas por Tasman eran *Tanoudza*, *Rambe*, *Tabé-Ouni* y *Laoudzala*, nombres que les dan los indijenas.

En 1774 descubrió Cook la isla *Batoa*.

Bligh atravesó fujitivo aquel grupo, despues de haber sido despojado de su mando por los marineros sublevados; pero sin instrumentos y en una mezuquina embarcacion, no pudo ejecutar ningun reconocimiento. Cuando volvió á Taiti, costó aquel gran grupo en toda su parte meridional; pero sus observaciones, si es que llegó á hacerlas, no fueron publicadas.

En 1793 Entrecasteux vió la isla *Batoa*.

Maitland, Barber y Wilson dieron cartas mas ó menos exactas de algunas islas; el capitán Maitland las llamó Tierras de Libertad. Muchos buques mercantes las han frecuentado y frecuentan toda-

via, principalmente á causa de la madera de sándalo, de que se hacen esencias en China y en la India, y con la cual se construyen columnas y atahudes para los chinos ricos; pero la mayor parte de los capitanes de estos buques solo se cuidan de hacer su tráfico, y nada notable han contado de aquellos países, de los cuales se ignorarian aún muchas cosas, si no las hubiese dado á la estampa Mr. Hombron, compañero de viaje del almirante Dumont d'Urville.

Luchas sangrientas habian estallado muchas veces entre los europeos, los americanos y los naturales, resultando dos terribles catástrofes: la primera fué la del capitán Campbell, que fondeó en Octubre de 1809 en la bahía del bosque de Sandal, y que fué capturado por el jefe Boullandam, comandante de una escuadrilla de ciento cuarenta piraguas. Hállase esta relacion en el viaje de Turnbull al redor del mundo, publicada en 1813.

En cuanto á la segunda catástrofe, la mas importante de la historia de aquel país, la tomaremos de la relacion del capitán Dillon, que fué el héroe de ella; relacion publicada con la de su expedicion en busca de La Perouse.

Mr. Dillon se embarcó á fines de 1812 como oficial segundo á bordo del navío *Hunter*; su capitán Robson, que partió de Calcuta para su viaje á la Nueva Gales del Sur, á las islas Viti, comunmente llamadas Fidji, y finalmente á Canton. Anteriormente habia visitado estas islas, donde permaneció cuatro meses, en cuyo tiempo vivió íntimamente con los naturales é hizo grandes progresos en el estudio de su lengua. El capitán Robson habia tambien estado dos veces en aquellas islas, y adquirido grande influencia sobre el ánimo de los habitantes de una parte de la costa de la isla del Sándalo, tomando parte en sus guerras y ayudándole á destruir á sus enemigos, que habian sido devorados en su presencia. El jefe con quien mas intimidad habia encontrado, era Bonassar, que mandaba el pueblo de Vonia y sus dependencias en el interior de la isla.

En 19 de Febrero de 1813 ancló el *Hunter* en la bahía de Wailea, á distancia de un cuarto de milla de la embocadura de un rio, que es preciso remontar para llegar al pueblo. Vonia está situado á milla y media del fondeadero y las márgenes del rio que lo baña, se ven cubiertas de magnífica verdura.

Apenas se habia echado el ancla, cuando el hermano del jefe de Vonia llegó á bordo para felicitar al capitán por su regreso; no tardó en presentarse el mismo Bonassar con otros muchos jefes subalternos y sus sacerdotes, quien manifestó al capitán que poco tiempo despues de haber partido el *Hunter* para Canton, los habitantes de los pueblos que habia conquistado con su cooperacion, se habian sublevado de nuevo é incorporándose á las poderosas tribus, que habitaban las orillas de un gran rio llamado Naupacab, le habian hecho una guerra cruel. Bonassar trató de persuadir á los ingleses que seria imposible proporcionarse madera de sándalo á no vencer aquella liga, formidable con la fuerza de su

mosquetería. En su consecuencia suplicó al comandante que se uniese á él para emprender otra campaña. El capitán Robson no quiso acceder en un principio; pero fueron tantas y tan repetidas las instancias que le hicieron Bonassar y muchos de sus súbditos, y tan eficaces las promesas de que en recompensa completaria la carga de sus buques en el espacio de dos meses, que al fin se resolvió á prestar el socorro que se le pedia.

El 1.º de Abril marchó la expedicion contra la pequeña isla de Naupacab, situada á dos millas de la embocadura del rio del mismo nombre, la cual se hallaba fortificada; pero bastaron algunas descargas del cañon pedrero que llevaban los ingleses para obligar á abandonarla á sus defensores. Despues de esta escaramuza subieron los expedicionarios el rio hasta quince millas, y destruyeron los pueblos y plantaciones que habia en las dos orillas. El día 8 por la tarde regresaron á su navío, despues de haber sometido al dominio de Bonassar todos aquellos pueblos rebeldes. Estos servicios fueron recompensados con la mas negra ingratitud. En vano esperaron los ingleses, en los cuatro meses de Mayo, Junio, Julio y Agosto, el cumplimiento de la palabra que los habian dado los indijenas. Estos no proporcionaron á los europeos mas que ciento cincuenta toneladas de madera de sándalo, esto es, la tercera parte del cargamento, pretestando que era imposible darles mas, porque los bosques estaban agotados por el gran número de buques que habian frecuentado aquellas costas en el espacio de algunos años. Indignóse tanto el capitán Robson al verse burlado por aquel pueblo bárbaro y astuto, que juró vengarse de sus antiguos y fieles aliados, á quien tantas veces habia ayudado á regalarle con la carne de sus enemigos. El capitán cumplió su juramento.

A principios de Septiembre atacó á una escuadrilla de piraguas de Vonia, y apresó á catorce de ellas. Esta fué la señal de una lucha que se hizo encarnizada, y costó tanta sangre á los isleños como á los europeos.

El día 6 de Septiembre desembarcaron estos á las órdenes de Mr. Norman, en un sitio llamado la Roca Negra, á corta distancia Este del rio. Verificado el desembarco, comenzaron los europeos á dispersarse en grupos de dos, tres y cuatro hombres; no faltó quien observase á Mr. Norman, que convenia marchar reunidos para evitar un ataque repentino de los isleños; pero el comandante no hizo caso de este consejo. Avanzaron, pues, sin obstáculo por un estrecho sendero, y llegaron al pie de una colina. En seguida subieron á su cumbre, que formaba una especie de meseta. Presentáronse allí algunos isleños, y les amenazaron con gritos y jestos. Mr. Norman tomó hácia la derecha, metiéndose por un sendero que conducia, al traves de un bosque, hácia algunas cabañas.

"Yo seguia á Norman, dice Dillon, con otros siete europeos, y no pasó mucho tiempo sin que los isleños quisieran disputarnos el paso; les disparamos algunos tiros y matamos uno, poniendo en precipitada fuga á los demás. Mr. Norman mandó enton-

ces pegar fuego á la cabaña del jefe y á algunas otras, órden que fué ejecutada tan puntualmente, que al cabo de algunos segundos subian las llamas por todos lados. Pronto oímos unos ahullidos espantosos. Dábanlos multitud de salvajes que estaban emboscados y salieron en nuestra persecucion. A pesar de la sorpresa con que nos vimos envueltos por aquellos forajidos, logramos defendernos con bastante órden y causarles gran número de heridos y muertos. Este triunfo nos costó tambien á nosotros la pérdida de algunos hombres y la irreparable de Mr. Norman, á quien un salvaje tendió en el suelo atravesado de una flecha.

"Viendo que me era imposible penetrar por entre la multitud de salvajes para llegar á nuestras embarcaciones, grité á mis compañeros que subiéramos á la roca donde habiamos estado poco antes. Felizmente logré subir á la cumbre, donde me encontré reunido con cinco de los nuestros: Carlos Savage, Luis (chino), Martín Bouchard (prusiano), Tomás Dafny, y Guillermo Wilson.

"Afortunadamente para nosotros, la altura que ocupábamos era tan escarpada, que no podian subirla á un tiempo sino muy pocos hombres, y demasiado elevada para que los salvajes pudieran incomodarnos mucho con sus flechas y sus hondas; además, por una casualidad no menos feliz, un viento muy fuerte desviaba el gran número de flechas que nos lanzaban. Habiendo sucumbido nuestro jefe, me correspondia el mando; aprovechéme de él para disponer á mis compañeros á defender nuestro puesto de la mejor manera posible; no permití que se disparara mas de un tiro á la vez, y empleé á Dafny, que habia salido algo herido de nuestra pasada refriega, en cargar nuestras armas. De esta suerte conseguimos defendernos por espacio de muchas horas, matando á cuantos salvajes intentaban trepar á la cumbre. Solo Martín Bouchard, que era un excelente tirador, mató veinte y siete salvajes de veinte y ocho tiros. Viendo nuestros enemigos que no podian desalojarnos de nuestra posicion sin perder mucha jente, se retiraron amenazándonos con su rabia. Entonces abandonamos nosotros tambien nuestra altura para dirijirnos á nuestras embarcaciones, que desde allí veiamos á corta distancia de la costa; pero al bajar, todavia nuestros enemigos trataron de perseguirnos, y aunque eran pocos en número, mandé á mis compañeros que verificáramos nuestra retirada, dando el frente á los salvajes y apuntándoles con nuestras armas. Esta precaucion produjo el buen resultado que yo me prometia. Los salvajes no se atrevieron á acometernos, y solo cuando ya estábamos embarcados, acudieron en tropel y nos saludaron con una lluvia de flechas y de piedras; pero no tardamos en vernos fuera del alcance de sus arcos y de sus hondas."

Luego que los europeos estuvieron fuera de peligro, dieron gracias á la divina Providencia, y llegaron á bordo del navío en el mismo instante en que el sol cesaba de alumbrar aquel teatro de mortandad y horror.



## XXIX.

NAUFRAYO Y AVENTURAS DEL CAPITAN VIAUD, EN 1766, EN EL GOLFO DE LA CHAUDELEUR (1).

El naufragio del capitán Viaud, y las aventuras de que fué objeto, ofrecen el mayor interés.

El capitán Viaud partió de la rada de San Luis, isla de Santo Domingo, el 2 de Enero de 1766. Iba en la categoría de negociante sobre el bergantín el *Tigre*, cuyo pequeño buque hacia vela hácia la Luisiana, llevando á su bordo á Mr. Viaud, su esposa y su hijo, al segundo del buque, nueve marineros, uno llamado Desclau, colono de la isla de Santo Domingo, y un negro que Mr. Viaud había comprado para su servicio.

Nuestro capitán Viaud era un hombre que tenía mucha jactancia, pero que no sabía bien su ejercicio.

Nuestra embarcación, maltratada por el mar, hacia ya agua en muchos parajes; la tripulación estaba inquieta, y quiso que yo me encargara del derrotero; pero no tenía mas que un conocimiento teórico de estas costas; creí que usurpaba los derechos al capitán, y no consintiendo, me contenté con observar su maniobra.

Doblamos el cabo de San Antonio, y fuimos sorprendidos por nuevos vendabales que abrieron mas vías de agua, que apenas podían agotarlas dos bombas á pesar de nuestros esfuerzos. La alarma era general, y esta dolorosa situación no presentaba viso alguno de cambio favorable. El 10 de Febrero á las siete de la noche, encontramos una fragata española procedente de la Habana, que reclamó nuestra compañía, la que aceptamos desde luego.

Marchamos mucho tiempo con nuestra conserva, pero la perdimos de vista durante la noche. A la mañana siguiente, observamos otra vía de agua, y se sintió la necesidad de alijerar el buque de peso, pero el agua penetraba en el barco cada vez mas, al paso que nos hallábamos á unas cinco leguas de las islas de la Chaudelaur.

Nos dirijimos hacia la Mobile; pero el viento que al principio nos había sido favorable, cambió á las dos horas, y nos vimos precisados á desistir de aquel proyecto. Hicimos los mayores esfuerzos para arribar en Panzacola, puerto mas lejano que el de la Mobile; mas esta tentativa fracasó igualmente, y nos hallamos en mitad de un mar agitado y aguardando el momento en que el Océano abría su abismo para tragarnos. Quisimos arribar á las islas Apalaches, pero no pudimos lograrlo, y volvimos á quedar á merced de las olas entre la vida y la muerte, siendo esta nuestra situación desde el 12 de Febrero hasta el 16. A las 7 de aquella noche, encallamos á dos leguas de tierra: los sacudimientos fueron terribles, y abrieron la proa de nuestra nave, hasta que la violencia del oleaje nos arrancó del encallamiento, y nos hallamos sin timón y combatidos por el agua que nos cercaba y por la que entraba en el buque, que se aumentaba rápidamente.

(1) Extracto de las *Aventuras de los viajeros*, por P. Blanchard.

Sin esperanzas de salvación nos despedimos para siempre y dirijimos nuestras plegarias al cielo. Sin embargo, la desesperación me dió firmeza de ánimo, y la aparente tranquilidad de que me revestí impuso algun tanto á la tripulación, y le inspiré tal confianza, que la puse dócil á mis órdenes. Aquella misma noche á las nueve llegamos á la isla de los Perros y nos situamos á distancia de un tiro de fusil, pues la agitación del mar no nos permitía llegar á ella, y pensamos en cortar nuestros mástiles para fabricar una balsa que nos condujera; pero cuando nos ocupábamos en esta operación, la violencia del viento y la fuerza de las olas lanzaron nuestro buque á la parte de babor, cuyo imprevisto movimiento nos fué demasiado fatal, lo cual nos obligó á pasar toda la noche en medio del mar.

La lluvia tormentosa nos atacaba por todas partes: transidos de frío, fatigados por los esfuerzos que hacíamos para resistir al ímpetu de las olas que amenazaba arrancarnos del buque, vimos nacer el día. Percibimos la tierra á corta distancia, pero no pudimos llegar á ella. Un marinero que desde este día no había cesado de llorar, guardó un profundo silencio por espacio de algunos momentos, y se levantó de pronto con una agitación extraordinaria. "¿Qué esperamos? esclama con la firmeza de una resolución desesperada; volemos delante de la muerte que es la que nos amenaza por todas partes, y en las olas es donde debemos encontrarla, y acaso por lo mismo que la buscamos huya de nosotros. Vemos la tierra y nos es imposible ir á ella: voy á probar, y si no logro mi intento adelanto un poco mas el término de mi vida, y disminuyo la duración de mis males."

Diciendo estas palabras se arrojó al mar; y muchos animados con su ejemplo quisieron seguirle; pero al ver que desaparecía y que aparecía luchando en vano contra el ímpetu de las olas, desistieron de imitarle.

Eran las cinco de la tarde. Tres de los marineros mas animados ó mas desesperados, se determinaron á embarcarse sobre la débil canoa; descendieron sin advertir á nadie nada acerca de su designio y solo lo apercibimos cuando se hubieron embarcado. No obstante, llegaron á la ribera, y todos sintieron entonces no haber tenido el mismo atrevimiento.

La noche nos hizo perder de vista á nuestros antiguos compañeros de infortunio: esta noche fué tan terrible como la primera. Nos hallábamos sin provisiones, y no teníamos tampoco el medio de adquirir las, y habíamos pasado todo este tiempo sin comer y sin beber.

El 18 de Febrero tornamos á ver la aparición del día; el viento había calmado un poco: disminuyó la furiosa agitación del mar. Uno de nuestros marineros, excelente nadador, se determinó á arriesgar el pasaje para llegar á tierra.

Aplaudimos su determinación y le animamos lo mejor que pudimos. Muchas veces le vimos á punto de perecer, pero llegó á tierra, y nos arrodillamos para dar gracias al cielo.

Eran las siete de la mañana y esperábamos con

impaciencia el momento en que venía á buscarnos: nuestros ojos veían á los cuatro marineros ocupados en la compostura de la canoa; animamos sus trabajos con nuestros votos, pero él avanzaba con lentitud y temimos algunas veces que fuera inútil; terminaron á las tres y media, y vimos que se lanzaban al agua, y que se aproximó á nuestra nave.

Pero la canoa era pequeña y no podía llevar mas que una parte de nuestra jente; todos lo conocían, pero ninguno quería quedar para un segundo viaje: la suerte decidió la contienda, y de once que éramos todavía, cuatro se embarcaron con los cuatro marineros que había traído la canoa: llegaron felizmente á tierra y vinieron en busca de los otros. Durante este tiempo, observé que la violencia del mar había separado la parte superior de nuestra chalupa, y con la ayuda de monsieur Desclau y de mi negro, conseguí separarla enteramente. Este vestigio me pareció á propósito para suplir la canoa, para conducirnos á tierra. Mr. Desclau, á quien hablé de ello, juzgó lo propio, y á este barco confiamos nuestra existencia y la de mi negro. Cuando todos se hubieron embarcado, seguimos la canoa, y abordamos casi á un mismo tiempo.

Pasamos una noche apacible en un sueño profundo que reparó nuestras fuerzas, y que solo fué inquietado con los recelos del porvenir. Despertamos al siguiente día con igual satisfacción, pero esta no fué muy duradera.

Nuestro segundo había caído enfermo algunos días despues de nuestra partida, y su enfermedad se agravó con los sucesos enunciados, y al fin espiró; pero en tierra. Le sepultamos vestido, despues de haber abierto la fosa en la arena. Luego que se hubo terminado esta piadosa y lúgubre ceremonia, nos paseamos por las orillas del mar. Allí encontramos nuestras maletas y muchas barricas de aguardiente, y algunas que otras mercancías que el mar había lanzado, y que debían haber llegado antes que nosotros.

Renunciábamos á la esperanza de encender lumbre, cuando observé que el mar estaba tranquilo, y resolví hacer un viaje á bordo de la canoa; quise que me acompañaran dos marineros que nadaban bien, pero no consintieron en seguirme, y me embarqué solo.

Llegué dichosamente al bergantín, entré en él, y no hallé fácilmente lo que buscaba; pero casualmente encontré un pequeño barril con veinte y cinco libras de pólvora que Mr. Lacouture había colocado: coji además seis fusiles, muchos pañuelos de Paciacá, mantas de lana, y un saco que contendría de treinta y cinco á cuarenta libras de bizcochos: además encontré dos hachas.

Regresé á la isla con mi pequeño cargamento: hice hacinar alguna leña seca, y encendí lumbre y secamos nuestros vestidos; di pólvora y balas á nuestros mas diestros cazadores, los cuales nos trajeron cinco ó seis piezas de caza, pues la hay con abundancia en esta isla. Cenamos bien y pasamos la noche arriados á la lumbre y envueltos en nuestras mantas.

El 20 de Febrero reflexionamos acerca de lo que

debíamos hacer. Sabíamos que los que habitan las islas de los Apalaches, abandonan sus hogares durante el invierno, y no vuelven hasta el mes de Abril. Así permanecemos este y el siguiente día en las inquietudes de nuestras reflexiones. Temíamos á cada instante vernos atacados por los salvajes.

El 22 de Febrero á media noche, exclamaron dos marineros que no dormían: *Alerta! ¡los salvajes! ¡Somos perdidos!* Todos se levantaron y se dispusieron á huir; pero los detuve, y vimos que venían cinco salvajes, dos hombres y tres mujeres, todos armados con fusiles.

Llegaron los salvajes, los recibimos amistosamente, y ellos correspondieron con iguales demostraciones. Supimos que uno de estos salvajes, que hablaba un poco español, se llamaba Antonio, y que era de San Marcos de los Apalaches. Traía consigo á su familia, que la componía su madre, su mujer, su hermana y su sobrino. Le dijimos si quería conducirnos á San Marcos de los Apalaches, y despues de conferenciarlo con su familia, se despidió de nosotros con tres de nuestros marineros, prometiendo venir al siguiente día con su piragua. Sostuvo su palabra, pues le vimos llegar el día 23, y el 24 cargamos una parte de nuestros efectos, y partimos en número de seis, porque su piragua no podía contener mas jente.

Antonio nos desembarcó en la otra isla, donde encontramos á los otros tres compañeros que la antevíspera habían tomado la delantera: el 28 de Febrero estábamos ya todos reunidos. El ardor que el salvaje había manifestado por conducirnos á tierra firme, se había entibiado mucho; todo el día lo pasaba cazando con su familia, y por la noche no parecía por su cabaña, que nos había confiado. Cinco días estuvimos en esta isla, viviendo de nuestra pesca y de nuestra caza, y economizando nuestros bizcochos, temerosos de que nos faltasen algun día.

A fuerza de buscar á Antonio, le encontramos y consintió en llevarnos. Nos embarcamos en número de seis, á saber: Mr. Lacouture, su mujer, su hijo mayor de quince años, Mr. Desclau y yo. También llevé á mi negro, que completaba el número seis. Antonio y su mujer vinieron con nosotros, y los otros tres salvajes se quedaron con nuestros ocho marineros.

Antonio se detuvo despues de tres leguas de marcha y nos bajó á una isla donde nos obligó á permanecer hasta el siguiente día, durante el cual hicimos una travesía mas considerable, y transcurrieron seis días saltando de isla en isla, hasta que se agotaron nuestras provisiones, sin tener otro alimento que la caza que el salvaje nos proporcionaba. Hacia ya siete días que caminábamos y no veíamos la tierra. Ví en Antonio un malvado que pretendía abusar de nuestra desgracia y hacernos perecer insensiblemente. Esto reflexionaba yo una noche sentado á la lumbre. Llamé á Mr. Desclau y á Mr. Lacouture y les dije las ideas funestas que me asaltaban, y les mostré la necesidad que había de matar á Antonio.

A la otra mañana, 12 de Marzo, hicimos dos leguas mas, y descendimos, segun costumbre, á otra isla: nos quedamos dormidos; desperté á media no-



che, no ví al salvaje; pasé á la orilla ayudado de la claridad de la luna. . . . Antonio habia desaparecido con su piragua. Despiertan mis compañeros, y al saber lo que pasaba, prorumpen en dolorosos lamentos.

Amaneció, buscamos con qué alimentarnos y no encontramos nada, ni agua potable para beber. Llegamos al cabo de aquella isla estéril: desde allí descubrimos otra separada de nosotros como un medio cuarto de legua; despues de haber descansado algun tiempo, sintiéndonos hostigados por el hambre, determinamos atravesar el brazo de mar que separaba las dos islas, y cuando íbamos á emprenderlo nos detuvimos por una refleccion que no habiamos hecho todavía. Teniamos á nuestro lado á madama Lacouture y á su hijo; ¿cómo podrian seguirnos?

Sin embargo, yo tomé la mano de madama Lacouture; Mr. Desclau tomó la de su hijo; el marido hizo dos paquetes con las mantas y una parte de nuestros vestidos, y colocó uno sobre la cabeza del negro, guardó el otro y nos pusimos en camino. Madama Lacouture, durante esta travesía penosa, mostró un valor que me sorprendió.

Llegamos por fin á esta isla donde esperábamos hallar alimentos; anduvimos buscando por espacio de una hora ostras, las cuales devorábamos á medida que las íbamos encontrando.

A la mañana siguiente nos pusimos á buscar mariscos, pero estaba creciente la marea y no encontramos ninguno. No me detendré en referir lo que hicimos durante los diez primeros dias que transcurrieron desde aquel en que Antonio nos abandonó.

El 22 de Marzo advertimos que en una isla inmediata habia una piragua vieja; la esperanza que nos inspiraba podia ser quimérica, pero nosotros nos entregamos á ella con ardor, y nos pusimos en marcha, sin llevarnos á madama Lacouture ni á su hijo, dejándoles mi negro para que les sirviera. Llegamos á la isla despues de tres horas y media de marcha. El terreno que pisábamos era desigual, y no haciamos otra cosa que subir y bajar: encontramos una especie de pozo en el cual existia agua dulce que contribuyó á animarnos, y no tardamos luego en descubrir la piragua; pero habiéndola examinado la vimos en el estado mas deplorable; quisimos componerla, para lo cual reunimos una especie de yerba que crece en la copa de los árboles y que se llama *barba española*, únicos materiales que teniamos para la composicion de nuestra débil nave. No obstante, tuvimos que dejar este trabajo para buscar alimentos, hallamos mariscos; encendimos lumbre y nos calentamos aquella noche. El segundo dia de nuestra llegada á la isla, le pasamos trabajando en la reparacion de la piragua, y terminamos nuestra obra cuando terminaba el dia: al otro botamos al agua la piragua, pero observamos que habiamos trabajado inútilmente. Mr. Desclau y yo, pensamos en ir á la isla donde habiamos dejado á los ocho marineros, con la esperanza de hallar á Antonio y obligarle á conducirnos á los Apalaches. Nos despedimos de Mr. Lacouture y ganamos la otra estremidad de la isla, pero conociendo la gran distancia retrocedimos, mas no encontramos ya á

Mr. Lacouture en la costa donde le habiamos dejado, pues habia partido con su piragua al lado de su mujer: aguardamos al dia siguiente para emprender este pasaje: llegamos á donde estaba madama Lacouture, y la encontramos al lado de su esposo: aquella noche tuvimos lumbre y la pasamos apaciblemente.

El 26 de Marzo, el deseo de salir de esta isla nos hizo recurrir á nuestra piragua; hicimos uso de la misma especie de materiales que ya habiamos empleado, en cuya operacion gastamos tres dias; pero la piragua no podia mantenerse un cuarto de hora sin llenarse de agua. Sin embargo, no distábamos de tierra firme mas que dos leguas, y era imposible embarcarnos todos á la vez, y determinamos partir Mr. Lacouture, Mr. Desclau y yo. Mientras que dos de nosotros remábamos, el tercero debia ocuparse en sacar el agua que entrara en el barquichuelo. Esta resolucion la pusimos por obra al siguiente dia; pero la piragua no pudo resistir el peso de nuestros cuerpos, pues se sumerjia al instante; yo salté en tierra, y Mr. Lacouture y Mr. Desclau partieron. Sin la isla que se hallaba entre nosotros, yo hubiera visto perecer á mis amigos. Cuatro estábamos en esta isla, y yo era el obligado á procurar la subsistencia de todos.

Seis dias transcurrieron desde la partida de mis dos compañeros. Cansado de mi dolorosa situacion, imaginé fabricar una balsa sobre la cual pudiésemos embarcarnos, y todos cuatro los pusimos á la obra; cortamos leña, y deshicimos una parte de nuestras medias, cuyo hilo fué empleado en hacer cordeles, y al cabo de tres dias terminamos la balsa y la dejamos en la orilla para partir al siguiente dia; sobrevino una tempestad, y á la otra mañana vimos que la balsa habia desaparecido. Por espacio de cinco dias experimentamos una disenteria que puso al jóven Lacouture á las puertas de la muerte. Fabricamos otra balsa, la botamos al agua y entramos en ella el dia 19 de Abril, si la memoria no me engaña, sin el enfermo, que ofreció quedarse de buena gana en la isla esperándonos, y vogamos hacia tierra firme sin experimentar el menor incidente, aunque sí mucha fatiga; nuestra navegacion duró doce horas, al cabo de las cuales tomamos tierra: acababa de ponerse el sol, y era preciso buscar un paraje donde pudiésemos pasar la noche con menos incomodidad: encendí una grande hoguera, al lado de la cual nos comimos una parte de las provisiones de mariscos que llevábamos. Alejóse un instante Mad. Lacouture no sé á aqué: al poco tiempo la oí gritar; mi negro se encaramó á un árbol, y ví llegar á mi compañera gritando: ¡Socorro, señor Viaud! . . . coji un tizon, y la ví perseguida por un oso que huyó despues temeroso de la claridad que despedia la hoguera. Al otro dia nos pusimos en camino, dirijiéndonos hácia el Este con el designio de llegar á San Márcos de los Apalaches; pero nuestras fuerzas no nos permitieron andar mucho camino, y nos limitamos á una marcha de hora y media; hicimos alto en una especie de playa, muy parecida á aquella de la cual habiamos salido el dia anterior; nuestra balsa se habia inutilizado, y

no pudimos proseguir. El hambre nos acosaba; encontramos una yerba que creimos nos alimentaria, la comimos, y pasamos una noche terrible experimentando los mas atroces tormentos. A los tres dias el hambre y la sed nos acosaban mas, y meditamos la bárbara resolucion de matar á mi negro para alimentarnos: llevamos á cabo nuestro proyecto despues de terribles angustias, y nos alimentamos con su carne.

Decidimos la construccion de otra balsa: seis árboles deshojados por el tiempo, que el agua habia arrastrado y que se habian detenido en la orilla, me parecieron que eran materiales sólidos y convenientes á mi objeto: amarré cuatro de estos árboles, cuyas ligaduras fueron cortezas. Descendimos á ella cuando estuvo concluida y botada al agua, y al cabo de dos horas llegamos á otra isla, desnudos y con el resto de las fatales provisiones que nos habia proporcionado mi negro. Despues de haber descansado aquella noche en la mencionada isla, al amanecer nos pusimos en marcha, esperando siempre llegar á San Márcos de los Apalaches; pero llegamos antes á otra isla, en la cual decidí permanecer hasta morir, dejando en libertad á Mad. Lacouture para que me abandonara. Me hallaba enfermo, desalentado, cuya posicion me inspiró aquella resolucion, pero Mad. Lacouture se opuso á ella. Una grande polla de India que distinguimos que salia de un bosquecillo cercano, nos hizo sospechar que encubaba, y nos vino el deseo de apoderarnos de sus huevos, y Mad. Lacouture se creyó en el deber de buscarlos. Yo quedé solo tendido cerca de tres horas: el sol acababa de ponerse, cuando escuché unos gritos que despertaron mi atencion. Me arrastré hácia la orilla y distinguí una gran canoa que descendia á lo largo de la costa. Me puse de rodillas, y con mi gorra en la mano comencé á hacer señas. Me vieron, llegaron, y el exceso de mi alegría casi vino á ser funesto. Les supliqué continuaran gritando, para que oyera Mad. Lacouture, cuya ausencia comenzaba á inquietarme: pareció con la polla de India y su nido. Como habia venido la noche, fué inútil pensar en embarcarnos. Supe entonces que estábamos á 6 de Mayo; allí pasamos toda la noche en derredor de una gran fogata. Nuestros salvadores eran ingleses, y su jefe un oficial de infantería llamado Mr. Wright.

Cuando terminé la relacion de mis aventuras, pregunté el motivo que los habia conducido allí, y me dijo Mr. Wright, que pertenecia al destacamento de San Márcos de los Apalaches, mandado por Mr. Sevettenthan: que algunos dias antes un salvaje habia encontrado en la costa un hombre muerto, y el resto de sus vestidos anunciaban que era europeo, y Mr. Sevettenthan mandó que recorriese la playa una expedicion en una canoa.

No dudé que el cadáver hallado fuese el de Mr. Lacouture ó el de Mr. Desclau, mi asociado. Al amanecer del otro dia, entramos en la canoa, y Mr. Wright pensó en terminar su mision recorriendo las demas islas, pues solo le quedaba una

que visitar antes de volver á San Márcos de los Apalaches. Reconocí la isla donde habiamos dejado al hijo de Mad. Lacouture: nuestros soldados comenzaron á gritar, pero nadie respondia. Entramos en la isla y encontramos al desgraciado jóven tendido boca á bajo, lo que nos persuadió de que estaba muerto; pero ¡cuál fué nuestra sorpresa al sentir que su corazon latia! Mad. Lacouture corrió hácia su hijo, le cubrió de besos y procuraba calentarle contra su seno. Se le socorrió, abrió los ojos, y Mad. Lacouture, “¡Gracias, Dios mio! exclamó arrojándose, porque has conservado á mi hijo.”

Aquel mismo dia nos embarcamos para San Márcos de los Apalaches, adonde llegamos el dia 8 de Mayo á las siete de la noche. Mr. Sevettenthan nos trató con suma bondad, y nos proporcionó medios y todo género de auxilios. Habia llegado el término de nuestros sufrimientos.

En San Márcos tuve nuevas del pérfido Antonio, y de los marineros que habian quedado en la isla donde nos habia conducido á todos. Estos infortunados fueron sorprendidos, mientras dormian, por la madre de Antonio, su hermana y su sobrino, y los habian asesinado. De los otros cinco compañeros jamas supe nada.

A los trece dias se me presentó una ocasion para marchar á San Agustin, y no la quise desperdiciar; me despedí de Mad. Lacouture y de su hijo, y partí. El dia 13 de Junio llegué á San Agustin, y me puse en cura; tenia algunas úlceras en la garganta, ocasionadas por la carencia de agua; pero á fuerza de cuidados desaparecieron estos síntomas. Luego partí para Nueva York, donde vivo en la actualidad bueno enteramente.

### XXX.

NAUFRAGIO DE LA PEROUSE.—DESCUBRIMIENTO DE LOS RESTOS DE LA ESPEDICION ALREDEDOR DEL MUNDO.

El piloto Maasfield, del rio Derwent, dice Mr. Dumont d'Urville, habiendo sabido que nuestra mision tenia por objeto hacer descubrimientos y esploraciones en el mar del Sur, me preguntó si yo habia tenido nuevas. A mi respuesta negativa, me dijo de una manera confusa, que el capitán de un navío inglés habia últimamente encontrado los restos del buque de La Perouse en una de las islas del Océano Pacífico. Añadió que este capitán mercante, enviado por el gobernador de Bengala para buscar á los demas náufragos, habia tocado en Hobaut-Town, seis meses antes de mi llegada, y que un marinero prusiano se encontraba todavía á su bordo. Esta relacion, hecha de una manera poco correcta, no me pareció mas que un cuento; pero el tono de seguridad del piloto me obligó á preguntar á Mr. Francland, ayudante de campo del gobernador. Este jóven oficial vino á bordo para presentar los cumplimientos del teniente coronel Arturo. Pregunté á Mr. Francland acerca de la mision de Mr. Dillon,



y me dió un diario donde se hallaba consignada la relacion de Mr. Dillon, relativa á su descubrimiento en Tikopia. Despues de haber leído esta relacion, me pareció encontrar en ella sinceridad; renuncié á mis proyectos ulteriores sobre la Nueva Zelanda, y me decidí conducir el Astrolabio á Vanikoro.

Despues de muchos incidentes de pura navegacion, el Astrolabio llegó delante de Tikopia el 10 de Febrero de 1828, y un dia despues á Vanikoro.

Despues recorrimos la isla, salieron á nuestro encuentro varios salvajes que nos recibieron con agasajo, y despues de haber andado una media milla, hallamos un mausoleo donde estaba enterado La Perouse, y en una de sus fachadas pusimos el siguiente letrero: *A la memoria de La Perouse y de sus compañeros, el Astrolabio, 14 de Marzo de 1828.*

Inauguramos el monumento, y descendí á la cabeza de diez hombres armados, y en medio de un silencio respetuoso, hicimos muchas descargas en honor de aquella triste solemnidad. Cuarenta años antes, los ecos de estas mismas montañas acaso habian repetido los gritos de nuestros compatriotas, espirando bajo los golpes de los salvajes.

El 17 de Marzo de 1828, á las once y quince minutos de la mañana, el Astrolabio desplegó sus velas, y tomó definitivamente un arranque para dejar el puerto de Vanikoro.

Llegamos á nuestro primitivo punto de partida, y desde allí emprendí mi viaje á la Nueva Zelanda, con la esperanza de haber descubierto los vestigios que acreditaban el naufragio del capitán célebre La Perouse.

### XXXI.

ESTRECHO DE MAGALLANES.—ESPLORACION DEL CONTRAALMIRANTE J. DUMONT D'URVILLE.

SABIDO es que el estrecho de Magallanes fué descubierto por el célebre navegante de este nombre en 1520. Despues de Magallanes fué reconocido por los franceses, ingleses y holandeses. En 12 de Diciembre de 1837 entró en este estrecho Mr. D'Urville, que habia salido de Francia mandando las corbetas *Astrolabio* y la *Celosa*.

De la interesante relacion que acerca de este viaje ha publicado Mr. Hombron en su coleccion de *Aventuras curiosas de los viajeros*, extractamos los siguientes pormenores referidos por el mismo Mr. D'Urville.

“A las ocho de la mañana pasábamos como á una milla de esa estensa playa que los primeros navegantes ingleses llamaron Dungeness, por analogía á otra muy parecida cerca de Doury. Empujados rápidamente por una brisa fresca del Norte, á las diez y veinte minutos pasábamos al Sudoeste, y á dos millas de distancia del cabo Poseision, y á la una y cuarenta minutos entrábamos en el primer canal, cuyas márgenes están forma-

das de tierras poco elevadas, pedregosas y muy estériles en la apariencia, pues ecsaminándolas de cerca, se veía que estaban tapizadas con diferentes plantas magallánicas. A las cinco de la tarde logré salir del primer canal y me hallé en una anchurosa dársena situada entre los dos canales, y á la cual habian dado los españoles el nombre de San Felipe. Allí me consideraba al abrigo de todo contratiempo, cuando abonanzando el viento nos arrastró la marea hácia atrás como unas tres millas. La *Celosa* que habia entrado un poco antes en la bahía, estuvo un momento en peligro de embarrancarse en la costa, cerca de la punta *Baja*; pero logró ponerse en salvo por medio de una rápida evolucion. Hácia las siete comenzó á subir la marea, y me aproveché de ella para dar bordadas contra el viento de Oeste-noroeste, y salir de la cuenca de San Felipe. De este modo logramos avanzar, no obstante, las ráfagas de viento y de los golpes de lluvia que se sucedian por intervalos; pero arreciando cada vez mas el temporal y siendo la noche muy oscura, mandé anclar, y así nos mantuvimos hasta la mañana siguiente en que descubrimos el mar enteramente tranquilo. A las ocho zarpamos y nos dimos á la vela con brisa del Sudoeste.

“Algunas hogueras encendidas en las márgenes de la bahía de San Felipe nos demostraron la presencia de los patagones en la costa del Norte. Hácia las seis de la tarde se declaró la marea decididamente por nosotros, y esto, unido á la buena brisa que nos empujaba viento en popa, nos acercó rápidamente á la punta de Nuestra Señora de Gracia. A pesar de la oscuridad de la noche, resolví aprovechar el viento y la marea, que seguian siéndonos favorables, para avanzar cuanto me fuese posible por el canal. Costeamos, pues, toda la isla Isabel y fuimos á virar muy cerca del continente. Despues de haber doblado á corta distancia el cabo Purpoise, nos hallamos en un canal ancho donde podíamos sufrir un golpe de viento sin inquietud. Eran entonces las doce de la noche, y despues de haber mandado acostar á los marineros que no estaban de guardia, hice yo lo mismo para disfrutar algunos momentos de reposo de que tanto necesitaba, á causa de las fatigas de aquel dia.

“El 15 de Diciembre entrábamos en la rada de Puerto Famine, uno de los puntos mas propicios para hacer escala, tanto por su abundancia de agua dulce como por la fertilidad de su suelo. Sobre la cumbre de una pequeña montaña hallamos una inscripcion á la memoria del contraestre Ainsworth y de dos marineros ahogados en una embarcacion que habia zozobrado en el puerto de San Antonio, durante la exploracion hidrográfica del capitán King. Otro mojón, situado á corta distancia de allí, anunciaba que el capitán Dugué, del navío Havre, habia pasado por allí en 1834. En los troncos de varios árboles se podian tambien leer los nombres de otros buques.

“El 16 al romper el dia tuvimos la satisfaccion

de recorrer los espesísimos bosques que cubren las orillas del rio Sedger. Los árboles que allí crecen, son por lo general aromáticas magnolias de Winter, muchas especies de agracejos y fagus de una elevacion considerable. Dificil es formarse una idea de la frescura de aquella poderosa vejetacion, de los accidentes pintorescos del terreno y de las admirables copas de los árboles que se entrelazan formando una bóveda por encima del rio, á pesar de tener de 30 á 40 metros de latitud, á una legua de su embocadura.

“Despues de haber agotado las riquezas que nos ofrecian las márgenes del rio y la playa, solo nos quedaba que ecsaminar las montañas para completar nuestras investigaciones de historia natural. Encargáronse de este cuidado los señores Hombron y Domoulin, á quienes acompañaron muchos oficiales de las dos corbetas en su peligrosa ascension del monte Tarn.

“El 28 de Diciembre dejamos el puerto Famine para dirijirnos mas al Oeste y penetrar mas adentro en el estrecho de Magallanes; pero en nuestras tentativas para llegar al puerto Galante experimentamos las primeras contrariedades que nos obligaron á renunciar á la esperanza de salir del estrecho por el Oeste, y solo bordeando contra viento y marea pudimos entrar el 29 en la bahía Fortescue que sirve de ancladero exterior al puerto Galante. Este puerto, donde Bougainville descansó en su exploracion del estrecho, es un lugar muy pintoresco, en cuyas márgenes se ven tambien hermosos árboles, aunque muy inferiores en sus dimensiones á los de Puerto Famine.

“El 31 de Diciembre abandonamos aquella bahía, y al dia siguiente por la mañana anclamos en la de San Nicolás, donde celebramos alegremente el primer dia del año, y distribuí las medallas de la expedicion, para dejar á todos mis compañeros un recuerdo duradero del año nuevo que se nos presentaba bajo tan brillantes y felices auspicios.

“La bahía de San Nicolás, llamada despues bahía de los franceses, ofrece un aspecto infinitamente mas gracioso que el que acabábamos de dejar. Saltamos á tierra y notamos que el terreno era firme y fácil de recorrer. Al pié de un hermoso árbol y tendidos sobre la arena improvisamos un almuerzo frugal de que participaron muchas personas de la expedicion.

“A los dos dias favoreciéndonos la brisa, decidimos pasar á la ensenada Pecket, y á la media hora de navegacion echábamos anclas. A las diez y media permití á todos los oficiales del *Astrolabio* y de la *Celosa* que bajasen á tierra, pues tenian mucha impaciencia de ver á los salvajes; pero no debia pasar mucho tiempo sin que suspirasen por la época en que no volvieran á verlos mas.

“El viento Oeste no tardó en refrescar, y sopló tan fuerte, que antes de las nueve de la noche ya habian vuelto á bordo los oficiales, muy satisfechos de trocar la pesada noche que pensaban pasar bajo las tiendas de los patagones por un

sueño cómodo y tranquilo en sus camarotes acostumbrados.

“Cuando desembarcamos en la playa por la mañana, multitud de patagones á caballo se habian reunido delante del punto del desembarco, y acojieron á sus huéspedes amistosamente. En fin, viendo que se volvia la lancha, muchos de ellos saltaron precipitadamente á ella para visitarnos, pero solamente tres recibieron permiso de verificarlo.

“Al llegar, subieron á bordo con mucha facilidad; el uno de ellos tendria de cuarenta á cuarenta y cinco años; el otro de veinticinco á treinta, y el tercero solo de veinte á veinte y dos. Dulces y pacíficos se prestaron voluntariamente al ecsámen de sus grandes capas de pieles de guanaco. Observaban con calma los objetos que les presentábamos, sin manifestar mucha codicia; pero lo que mas particularmente llamó su atencion, fueron los anteojos, y espresaban su alegría por medio de carcajadas roncadas y cavernosas que salian de su pecho como especie de mugido. Eran de mediana estatura; sus miembros gordos y bien proporcionados, y sus piés y manos de una pequeñez notable. Tenian la piel lisa y suave, y su tez amarilla nos recordó la de los chinos, lo que sin duda debe atribuirse á un cielo poco caluroso y á sus grandes capas que los abrigan constantemente desde los hombros hasta los piés.

Uno de estos patagones comió conmigo, y sus compañeros fueron admitidos á la mesa de los oficiales. Mi convidado, despues de haber comido muy bien, pidió un pedazo de pan que quedaba sobre la mesa para su *pikinini* [niño], y lo guardó en un saco. Concluida la comida, nuestros patagones desearon volver á tierra, pero conocieron que la fuerza del viento se oponia á ello; acostáronse en la canoa, y se quedaron dormidos hasta las nueve de la noche, que nuestros oficiales tuvieron que despertarlos para conducirlos á tierra, por haber amainado el viento. Al regresar la lancha, nuestros oficiales nos trajeron al jefe de la tribu, llamado Kongre.

“Al dia siguiente salté á tierra en compañía de este jefe; me condujo á su tienda, la cual se componia como todas las demas de perchas, en las cuales habia colgadas pieles de guanacos; cada tienda parece destinada á alojar una familia. Observé que habia muchos niños; pero todos pacíficos, alegres y poco revoltosos.

“Las mujeres estaban ocupadas en coser pieles con nervios de avestruz, y otras en espulgar á sus hijos; las doncellas se estaban peinando, y noté que se alisaban sus cabellos negros con grasa, trazándose en seguida unas á otras en la cara anchas líneas transversales con un cosmético compuesto de grasa y tierras de diferentes colores.

“Accediendo á mis ruegos el valiente Kongre, se puso su traje de guerra, que consistia en un casco de cuero guarnecido de planchas de cobre y muy semejante en su forma á una bacía, con una cimera de plumas de gallo; su túnica era de cuero de buey, teñida de rojo y con muchas rayas